ANAQUEL

SITUACIÓN DEL POETA AGUSTÍN DE SALAZAR Y TORRES, POR SUS COMEDIAS

Por Francisco MONTERDE

Casi todo lo que sabemos acerca de la estancia de Agustín de Salazar y Torres en la Nueva España, se debe a Eguiara y Eguren; pero la biografía de Eguiara y Eguren; pero la biografía de este escritor, cuya carrera vital fue tan corta como la de un romántico, se complementa con datos que surten otras fuentes, para seguirlo en sus andanzas europeas.

Por Gil González Dávila, se puede fijar el año de su arribo a este continente en 1645. Había llegado al mundo en España —en Almazán de Soria, según se acepta, o en Numancia, como quiere Eguiara—, en 1642.

Pasa, por consiguiente, en un desgarramiento familiar, de los brazos maternos a los de su tío, nombrado Obispo de Yucatán y, más tarde, por breve trecho, Gobernador de la Nueva España, Marcos de Torres y Rueda, cuando el infante apenas tiene tres años de nacido.

Con tío y criados, anda por tierras yucatecas y campechanas, durante un par de años, pues el Obispo —que tomó el palio en 1646— recibe el gobierno, en la cabeza del virreinato, desde 1648, al marcharse al Perú el Virrey que lo había precedido: el conde de Salvatierra.

Si las gestiones del Obispo casi llegaron a lindar con lo bufo, según el testimonio y la autoridad del historiador de Yucatán, López de Cogolludo, menos airosas fueron las del Gobernador de la Nueva España, a quien se resistía a entregar el que iba a marcharse.

Aparentemente, se preocupó más por la Florida —y por sí mismo— que por la prosperidad de estas tierras: con singular premonición, intentó pagarse anticipadamente el sueldo que correspondía al Virrey por los dos años que pensaba gobernar; mas las órdenes reales sólo permitieron que cobrara sus emolumentos como Obispo.

Debe suponerse que al fallecer, en 1649, dejó Torres y Rueda encomendado a su sobrino en la Nueva España, pues aquí se formó Agustín de Salazar y Torres, quien recibió "la más brillante educación", como dirá después Ramón de Mesonero Ramos.

Precoz, a los once años de edad, en 1653, ve impresa su "Descripción en verso de la entrada del duque de Alburquerque", según Beristáin; a los doce, dice su biógrafo Juan de Vera Tassis y Villarroel, sabía de memoria —e interpretaba— las *Soledades* y el *Polifemo,* de Góngora, en el colegio de San Ildefonso.

Por entonces, nos recuerda Alfonso Méndez Plancarte, ya anda en certámenes poéticos: "alternó en 1654 con Sandoval, Bramón, doña María de Estrada, Guevara, y Ramírez de Vargas." Entre sus manuscritos inéditos quedaron —recuerdo de su permanencia y estudios universitarios en la Nueva España— su "Drama virginal para la Universidad" y "Los metamorfóseos mexicanos, a imitación de los de Ovidio."

Con aquel duque de Alburquerque, Francisco Fernández de la Cueva, cuya entrada había descrito en verso, partió al volver a España, en 1660, cuando tenía dieciocho años Salazar y Torres, que en México había escrito poesías —quizás, también, dramas y comedias— y se había distinguido al seguir los estudios de abogado.

Su protector había sido designado Virrey de Sicilia. Antes de llegar a su destino, viajó por Europa: estuvo en Alemania, Salazar y Torres, con él y con la Emperatriz, para quien escribió alguna de sus obras dramáticas; una comedia que se representaría, como homenaje a Mariana de Austria, con motivo de su cumpleaños.

"alternativas del gusto"

El mismo duque de Alburquerque lo escogió para ocupar el puesto de sargento mayor en la provincia de Agrigento, y más tarde lo nombró su capitán de armas, como demostración de la confianza que de él merecía. Vuelto a la corte española, conquistó en ella aplausos, antes de morir, a los treinta y tres años de edad, el 29 de noviembre de 1675.

II

Vera Tassis, que admiraba a Salazar y Torres, decidió publicar sus obras y reunió varias de ellas, bajo el título —claramente barroco, de acuerdo con la época y con el autor— de *Cítara de Apolo.* En 1681 apareció la primera parte, con las poesías líricas y dramáticas; en 1694, la segunda, con las comedias y loas.

A partir de entonces, la obra del lírico y comediógrafo soriano fue, alternativamente, como la de otros que siguieron los rumbos marcados por Góngora y por Calderón de la Barca, elogiada o censurada con exceso; a intervalos, también, olvidada.

Después de Vera Tassis, que exaltaba, ante todo, al amigo ya muerto, criticó Ticknor al poeta y juzgó su obra como una "producción tan mala o peor que la de sus antecesores en el género gongorista."

Entre sus coterráneos, Menéndez y Pelayo acepta al comediógrafo —una de sus obras, por lo menos—, después de objetar su lírica al situarse ante ella en la misma posición que había adoptado frente a Góngora y quienes lo siguieron.

Adolfo de Castro, al presentar la obra lírica, en la biblioteca Rivadeneyra, lo elogia abiertamente —"supo, mejor que ningún otro, dice, escribir versos musicales"—, mientras que Mesonero Romanos, al incluir al comediógrafo en el segundo tomo de *Dramáticos posteriores a Lope de Vega,* señala "cierto amaneramiento y énfasis", aunque elogie otros aspectos de su obra.

Entre los más recientes, Gerardo Diego, en la Antología poética en honor de Góngora, lo halla "tan deudor de Calderón como de Góngora"; Hurtado, de la Serna y González Palencia, en su *Historia de la Literatura,* y Guillermo Díaz-Plaja en *La poesía lírica española,* en busca de equilibrio, coinciden al mencionar la fábula de *Eurídice y Orfeo,* como una de las mejores.

Más que las alternativas del gusto, que pueden seguirse a través de las apreciaciones de la crítica, en favor o en contra de determinadas preferencias —sobre todo, cuando se trata de culteranos y conceptistas—, interesará observar cómo se le ha juzgado en relación con el ambiente novohispano en el cual se formó el comediógrafo.

Desde luego, aunque se incluye el nombre del poeta en la mayoría de las historias de la literatura española, no se menciona siempre al comediógrafo en aquellas obras en las cuales se estudia la actividad teatral en la península ibérica.

Diríase que algunos de los escritores dedicados a examinar ese aspecto literario, en la misma tierra donde nació Salazar y Torres, aún mantienen hacia su obra esa actitud desconfiada, recelosa con que se observa al indiano que regresa triunfante.

En el primer tomo de la *Historia del teatro español,* por Narciso Díaz de Escovar y Francisco de P. Lasso de la Vega, se le admite, con algunas reservas, en la misma proporción de espacio que se otorga a otros autores de categoría. No aparece en la *Literatura dramática española,* de Ángel Valbuena.

En cuanto a los hispanoamericanos, para Rodolfo Usigli —en su prólogo a mi *Bibliografía del teatro en México,* publicado aparte con el título de *Caminos del teatro en México*—, el teatro de Salazar y Torres "lo coloca de modo absoluto entre los dramaturgos de España y es genuinamente español".

Para el profesor José Juan Arrom, autor de *El teatro de Hispanoamérica* en la época colonial (Habana, 1956), Salazar y Torres "no pertenece a las letras americanas." Hacia esas mismas opiniones se inclinan Antonio Magaña Esquivel y Ruth S. Lamb, en su *Breve historia del teatro mexicano,* aunque juzgan que es discutible el punto, según ha hecho notar Alfonso Reyes, quien lo estima "como un segundo Ruiz de Alarcón", en *Letras de la Nueva España.* (1948) Alfonso Méndez Plancarte lo había acogido abiertamente, desde 1943, entre los novohispanos.